



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL DESASTRE MORAL DEL CARRANCISMO.

VINDICACION DE LOS DESCENTENTOS.

POR ANTONIO I. VILLARREAL.

Había de suceder. Pasada la embriaguez aturridora del triunfo, los comandamientos morales recobraron su verdadero valor. La devoción sincera y leal a los principios de nuevo adquiere relieves augustos de virtud ante la que se inclinan reverentes, o con mortificación, aún los despreocupados y aquellos de los transgresores que pecaron por atolondramiento u ofuscación. Estos, sobre todo. Están arrepentidos y sienten vergüenza por sus necias frivolidades y punibles complacencias.

Me refiero a muchos de mis viejos compañeros de lucha que no supieron o no tuvieron entereza suficiente para mantenerse imperturbables ante el halago pérfido de las concupiscencias del Poder o de la vanidad.

Cuántos de ellos, después de bregar con abnegación y energía para corregir vicios inveterados, al sentirse en las alturas veleidosas a que lleva el éxito, cometían abusos semejantes o más graves que los que habían estigmatizado.

Contra la Dictadura declamaron y pugnaron aira-

damente, y apenas la fortuna acaricia sus frentes victoriosas, se convierten—inconscientemente, admitiremos por exceso de tolerancia—en paladines o palafreneros de otra Dictadura fría y lúgubre que ni siquiera deslumbra con los destellos de un Sol de heroísmos pretéritos ni impone por su majestad o grandeza: una Dictadura tonta, rapaz, sanguinaria.

Abominaron de la reelección y permiten, complacidos y presuntuosos, velando su desliz con necios aspavientos de fidelidad mal juzgada, que el ponderado Primer Jefe—amén de no haber cumplido con la cláusula del Plan de Guadalupe que lo ungía como Presidente Interino desde el momento en que ocupara la capital de la República—, permiten, decimos, que el señor Carranza trasmigre de Primer Jefe a Presidente Constitucional sin abandonar un solo día el Poder Ejecutivo de la Federación.

El nuevo despotismo surge consagrado por una Constitución flamante que concede facultades omnímodas al Presidente, eximiéndolo a la vez de responsabilidades; en tanto que a las Cámaras de la Unión se les despoja de sus más caras atribuciones y se les somete inicuaamente a los caprichos del César.

El Presidente rige los destinos de su pueblo, investido de facultades extraordinarias; exceptúa del pago de derechos aduanales a sus parientes y favoritos; regala concesiones jugosas; forja los presupuestos a su antojo, dilapida en inacabable orgía los fondos de la República. Para controlar rígidamente todos los ramos de la Administración, jamás organiza su Ministerio; manda sacrificar en semi-bárbaras carnicerías a los prisioneros de guerra;

aplica repetidamente la pena de destierro, a pesar de la expresa prohibición constitucional; cínicamente se desentiende de los mandatos de la justicia federal. La Constitución es él; la Revolución es él; la República es él; y mis viejos compañeros de lucha le prestaban apoyo y sancionaban sus atentados en nombre de misteriosas e imprescindibles razones de Estado.

Pero suena la hora de la crisis; el momento decisivo de las actitudes francas.

El señor Carranza, para salvar su obra, escogerá un sucesor adecuado que la continúe, ahorrando así al país desasosiegos y bruscas transiciones. La transmisión pacífica del poder se ha de verificar forzosamente, aunque para ello se requiera vulnerar el sufragio y ahogar con puño de hierro el clamor de la República.

Triste y doloroso desengaño para mis viejos compañeros de lucha que habrán de confortarse con las lamentaciones que Esquilo pone en boca de Prometeo:

“¡Míralo! Contempla al amigo de Zeus. Le ayude a fundar su tiranía, y por él sufro estos males!”

Ayudaron a fortalecer la tiranía y ésta ahora los ultraja y amenaza devorarlos.

Que la enseñanza fustigadora y tremenda como es, sirva para evitar nuevos yerros; para advertir incansablemente que la tolerancia del mal es más funesta que el mal mismo porque lo alienta y con el estímulo le presta nuevos vigores.

Los apóstoles de una idea que claudican, le hacen más daño a ésta que sus más formidables impugnadores.

Sin embargo, durante este largo período de confusión y de verdadero desorden moral, ni por un momento perdí la esperanza de que tarde o temprano los hombres de la Revolución rectificarían derroteros, apartándose de la pendiente de apostasías que les señalaba un leader de osada senectud perseverante en el mal, que ha sabido detener a los hombres nuevos en su marcha hacia el porvenir, obligándolos a caminar para atrás por la hollada senda de las tinieblas y del perjurio.

Los hombres de la Revolución han recapitado y anhelan rehabilitarse. Desconocen al jefe senil y falso y buscan en la juventud, entre sus mismas falanges, guiones siempre en alto que avancen decididamente hacia el porvenir.

Los viejos no sirven para guiar: fatigados del alma y del cuerpo, hay que reservarles sus puestos en la retaguardia.

¿Cómo se pudo olvidar en los momentos del torbellino esta atinada observación de la vida?

¡Tántas máximas se relegaron! Fué una terrible época de absurdos morales. Audaces innovaciones de carácter ético saturaban el ambiente nacional durante el período asfixiante en que predominó el criterio carrancista.

¡Qué necia involucración de preceptos!

La Doctrina Carranza calificaba como deber sagrado el acto bajo de la sumisión incondicional al Primer Jefe; llamaba lealtad al servilismo; traición a cualquier gesto de altivez.

La Doctrina Carranza, no concedía a los revolucionarios el derecho de disentir en algún detalle de apreciación con el Primer Jefe; no permitía a los

adictos relacionarse o guardar la menor consideración a los réprobos.

La Doctrina Carranza no permitió discutir o contrariar en forma alguna los dictados del Primer Jefe, cuya calidad de infalible era forzoso reconocer.

Por eso la Constitución de Querétaro, que en este punto, como en otros, se inspirara en la Doctrina Carranza, eleva a precepto de ley la infalibilidad del Presidente de la República, eximiéndolo de hecho de toda clase de responsabilidades.

Afortunadamente, la verdad asoma en el horizonte político de nuestro infortunado país y la Doctrina Carranza cae en desprestigio. Casi no hay ya mexicano de extracción revolucionaria que admita profesar este extraño credo. ¡Cuán pocos son aquellos que no se abochornan de haber sido carrancistas!

El carrancismo está vencido moralmente y han quedado plenamente vindicados los revolucionarios que con acierto y previsión señalaron la frente del impostor.

Tenazmente confié en que esto había de suceder; pues siempre he estado persuadido de que—como dijo Zolá— “la verdad lleva en sí una fuerza invencible a la que ceden todas las almas”.